973.15
C71Wen

Benjamín Endara.

CRISTÓBAL COLÓN

EL DESCUBRIMIENTO DEL NUEVO MUNDO

Y

EL NOMBRE ILEGÍTIMO QUE SE HA DADO Á ÉSTE

POR

BENJAMÍN ENDARA
(ECUATORIANO)

CON EL RETRATO DEL AUTOR.

TIPOGRAFÍA PONTIFICIA DE B. HERDER
EN FRIBURGO DE BRISGOVIA
1904

Es propiedad.

Tipografía de B. Herder en Friburgo de Brisgovia.

973.15
C71Wen

INTRODUCCIÓN.

TENEMOS á bien dar á luz este folleto, que contiene el desarrollo de las tres proposiciones mencionadas en el título; pero confesamos, con toda ingenuidad, que acometemos esta labor, muy ardua para nosotros, movidos únicamente por una mera afición á la literatura, pues nos faltan las debidas fuerzas para desempeñar con buen éxito tan difícil tarea.

Sócrates, modelo de virtudes, y uno de los insignes filósofos de Grecia, fué proclamado *el más sabio* de los hombres por el Oráculo de Delfos; y, sin embargo, Sócrates decía á cada momento: «Yo sólo sé que no sé nada.»

Si Sócrates, *verdaderamente sabio,* dijo una y otra vez que no sabía nada, con mayor razón confesamos nosotros nuestra ignorancia, y volvemos á declarar que no somos sino aficionados á la literatura; en consecuencia, pedimos

á nuestros lectores que se sirvan disimular todo cuanto de malo hallaren en estas pobres líneas.

Los pequeños conocimientos alcanzados hasta hoy, y que nos han servido para escribir este humilde folleto, los debemos á tres singulares bienhechores, cuya memoria no nos es justo olvidar, y son los que siguen:

El doctísimo sacerdote y orador elocuente Dr. David Martínez Orbe, natural de Otavalo (provincia de Imbabura), y domiciliado por poco tiempo en Tulcán (suelo de nuestra cuna, ahora capital de la provincia del Carchi), fué quien, con viva compasión y con vivo interés, atenta nuestra orfandad paterna, nos enseñó la puerta de entrada á la luminosísima senda del saber, y en efecto, estudiamos con dicho sacerdote una buena parte de Gramática latina.

Una vez ausente de Tulcán el preclaro Dr. Orbe, llegó en seguida, enviado sin duda por la Providencia, el Sr. D. Benigno Orbegozo, hombre sabio, como individuo de la Compañía de Jesús, de la que había acabado de separarse, en Quito, por razones poderosas de salud. Con el Sr. Orbegozo, á quien le enterneció

nuestra orfandad, seguimos el estudio del latín y el de varios ramos del saber.

Trasladado este profesor hábil, sabio y virtuosísimo á la ciudad de Pasto (departamento del Cauca, Colombia), quedamos llorando esta pérdida irreparable, y sin hallar el menor consuelo que mitigase nuestra desventura; pues el Sr. Dr. Orbe y el Sr. Orbegozo habían hecho con nosotros las veces de un padre tierno y compasivo [1].

Andábamos en las calles de Tulcán medio enloquecidos por la separación de nuestro venerado maestro, y de repente nos inspiró el Cielo la idea de dirigir nuestras plegarias á *la culta y sabia Popayán* (Colombia).

En efecto, nos encaminamos á *la Atenas de Colombia*, llevando tan sólo nuestra orfandad y el bordón del peregrino; mas Dios permitió que encontrásemos en Popayán una compasión sin límites y en sus Santuarios la feliz senda de la luz, la que brilla allí, como el fúlgido lucero de la tarde.

---

[1] El Sr. Orbegozo falleció en Pasto, el 24 de diciembre de 1903.

Hoy nos apresuramos á hacer público este testimonio de *vivo reconocimiento*, al par que de *tierna y profunda gratitud*, con nuestros piadosos é inolvidables bienhechores, porque esta ocasión es tal vez la última en que cogemos la pluma para escribir; pues nuestra salud está quebrantada, hora tras hora, desde el día funesto en que vimos expirar á nuestra madre, la que fué nuestra segunda Providencia en este valle de lágrimas, como lo es toda madre.

Por lo que respecta á Popayán (y á fin de mantener palpitante nuestra gratitud para con ella), tenemos á bien reproducir, además, algunas estrofas de tres poesías que dimos á luz: la primera, en la misma ciudad de Popayán; y las dos restantes, ausentes ya de su lado.

De la primera:

Sólo tú, Popayán humanitaria,
Supiste oir mi tétrica plegaria:
Pues tú, de allá desde el lejano Carchi,
Cual madre recogiste
Los suspiros que el aura acá traía;
Tan sólo tú, con la mayor ternura,
Dulcificaste el cáliz de amargura;
Y sólo tú, que al desgraciado miras
Con caridad sublime

Y por el pobre que solloza y gime
De compasión suspiras,
Has enjugado el lastimero llanto
De un huérfano infelice
Que, sin cesar, te alaba y te bendice.

De la segunda:

Lejos de ti despareció la calma,
Y el recuerdo me angustia y me atormenta;
Porque te quiero, Popayán del alma,
Mi corazón suspira y te lamenta.

Allá en tu suelo do la ciencia brilla,
Como un iris hermoso y refulgente,
Me enseñaste el idioma de Castilla,
De sonoro raudal plácida fuente.

La historia de COLÓN, genio admirable,
Fué encanto para mí, que aun me fascina;
Pues aquende el Océano formidable,
Él supo hallar á la Princesa andina.

De la tercera:

Tu amor y tu ternura, que fueron mis consuelos
En mis amargas penas, jamás olvidaré;
Y tu piedad excelsa, como hija de los cielos,
En mi insonora lira yo siempre cantaré.

I.

DOMINGO Colombo une su suerte con la de Susana Fontanarrossa, ambos italianos. Adquieren cuatro hijos y una hija: Juan Peregrino, que vive 20 años; Cristóbal, que nace en Génova, en 1436; Bartolomé, en 1442; Diego, en 1446, y abraza el sacerdocio; por último nace la hija, llamada Blanca, la cual se desposa con Santiago Bavarello, y tienen un solo hijo, Pantaleón.

Cristóbal es bautizado en la iglesia de San Esteban, servida entonces por religiosos benedictinos.

Domingo ejerce los oficios de cardar lana y de tejer paños, y Cristóbal se ocupa en los mismos oficios de su padre por algún tiempo.

En las escuelas de Génova aprende la aritmética, el dibujo y la pintura, sobre todo la religión; luego concurre á la Universidad de Pavía, y es en ésta donde estudia el idioma latino, principalmente geografía, matemáticas, astronomía y el arte de navegar.

Merced á su poderosa inteligencia, facultad cognoscitiva espiritual del alma, hace rápidos progresos, y se distingue en todos los aprendizajes á que se dedica. Á los 14 años abraza la carrera de marino,

en la que permanece hasta los 33, surcando los mares conocidos de entonces, y haciendo proezas de valor y de habilidad.

En sus primeras cartas latiniza su apellido *Colombo,* y escribe *Colombus* y *Colonus:* de Colombus resulta la palabra *Colombia;* y de Colonus, el patronímico *Colón.*

El apellido italiano Colombo significa *paloma que lleva la cruz,* y es muy semejante á la voz latina *columba,* que quiere decir *paloma,* la cual es emblema del Espíritu Santo y recuerdo del arca de Noé. El término Cristóbal nace del vocablo latino *Christophorus* (Cristóforo), y éste significa, á su vez, *hombre que lleva á Cristo, hombre que difunde la luz del Evangelio;* por consiguiente, la palabra Cristóforo y el apellido Colombo denotan una misión providencial, que debe ser cumplida por él en el mundo.

Á consecuencia de llevar diez y nueve años de vida marítima, concibe la idea de que se puede buscar un camino para el Asia navegando en dirección al Occidente, al través del Océano; pero al fin de aquel tiempo regresa á Génova, su patria.

En 1470 se dirige á Portugal, porque este reino se dedica á los descubrimientos con entusiasmo; pues en la Corte, en la ciudad de Lisboa y entre la gente de pueblo no se habla sino de buscar un camino para el Levante del Asia.

En Lisboa perfecciona los estudios hechos en Pavía, ciudad de Italia. Estudia, además, los libros de todos

los filosofos, de todos los historiadores y de todos los naturalistas, principalmente las épicas descripciones del veneciano Marco Polo; emprende viajes hasta los últimos límites de los puntos recién descubiertos; se consulta con los hombres más versados en geografía, en matemáticas y en el arte de navegar, y es de esta manera cómo llega al *pináculo de la sabiduría*.

Sin embargo, no se contenta con esto, sino que, desde Lisboa, y antes de junio de 1474, se consulta también, por medio de cartas, con el gran geógrafo, gran matemático y gran físico Pablo Toscanelli, residente en Florencia, ciudad de Italia. Este sabio le da respuestas satisfactorias, lo felicita de corazón, y lo alienta para que ponga en práctica la idea luminosa de descubrir un nuevo camino que conduzca al Asia.

Colón, desde que se establece de un modo definitivo en Lisboa, oye Misa diariamente en la iglesia del monasterio de las monjas de Todos los Santos. Una joven pensionista del colegio de aquel monasterio, tan encantadora como mañana del alegre estío, admira desde el coro la devoción edificante del genovés, y al fin llega á ser la cara mitad de éste, en 1475.

La joven, que es de sólidas virtudes, de reluciente inteligencia, al par que de cuerpo gentil y gallardo, como palmera de lujoso valle, se llama *Felipa Perestrello*, hija de Bartolomé Perestrello y de Isabel Moñiz.

Bartolomé es natural de Italia, pero domiciliado en Lisboa, y célebre marino al propio tiempo.

Cristóbal se ocupa, por consiguiente, en construir cartas y globos geográficos, para vender unas y otros y adquirir con el producto el pan cotidiano. En 1476 le nace un hijo, al cual da el nombre de Diego.

La fe religiosa es un conjunto de verdades reveladas por Dios á los hombres; *la ciencia* es el conocimiento claro de las cosas, fundado en principios evidentes por sí mismos ó en demostraciones exactas y positivas. Colón posee una y otra, y ambas hacen de él un *semidiós*.

Desde su adolescencia se acostumbra á contemplar las obras del Ser Omnipotente, las cuales forman el encanto de sus ojos y de su alma, y es así cómo penetra que el mundo está hecho con plan y con orden. El contemplar continuamente las maravillas de la Creación, le inspira el pensamiento sublime de que los enormes cuerpos celestes, á saber, los planetas y los satélites, son casi redondos como naranja, y por analogía deduce que la tierra es también redonda, tal como había presentido el dominicano Fray Vicente de Beauvais, en el siglo XIII.

Este ilustre religioso decía que «si la tierra fuese plana, entonces no correría el agua, y el astro rey asomaría á la vez en todas partes». El benedictino Abelardo sostenía igual idea con mucha fe, y el franciscano Fray Guillermo de Conches trataba de insensatos á los que no admitían esta opinión tan racional.

El pensamiento del marino genovés, basado en cálculos de ciencia y de inducción, es más grande que el Universo, según lo vamos á ver.

Los fenicios, oriundos del Asia, y descendientes de Canaán, hijo de Cam y nieto de Noé, invaden la España, al través del Mediterráneo, el año 1500 antes de Jesucristo. Así en el pueblo de Gibraltar como en el monte Ávila, situado en África y fronterizo á aquel pueblo, levantan dos columnas de bronce, en honor de *Hércules*, divinidad favorita de ellos, en las cuales graban la inscripción «*No más allá*», para dar á entender que no hay más tierras que conquistar, ni que tampoco se puede navegar por el *Mar tenebroso*, *Mar gigante*, hoy *Océano Atlántico*, llamado así por causa del hundimiento de la isla *Atlántida* en épocas remotísimas.

En efecto, Platón, nacido en Atenas, 427 años antes que el Hombre-Dios, y en consonancia con las tradiciones griegas y las egipcias anteriores á él, habla de esta isla, sita en medio del mar vastísimo, y denominada Atlántida, en la que Atlas, hijo de Neptuno, había reinado en otro tiempo, la misma que fué sepultada en el Océano por un terrible terremoto.

Aristóteles supone que en las regiones occidentales del Atlántico existe una isla llamada *Antilla*, de la que hacen mención los cartógrafos de la Edad Media.

Plutarco, historiador y moralista griego, que viene al mundo en el año 50 de nuestra era, dice que «hacia el oeste se halla el gran Continente Saturnino».

El poeta italiano Francisco Petrarca, que ve la luz en 1304 de la misma era, emite este juicio: «El sol deja de alumbrarnos, para ir quizás á donde otras gentes, que, tal vez como nosotros, también lo esperan.»

Otro poeta italiano, Luis Pulci, aparecido sobre la tierra en 1432, «sospecha que, debajo de nuestros pies, hay flores, palacios, ciudades y naciones, y que, por estos motivos, el sol visita las playas del Ocaso».

Anaximandro, filósofo griego, que vive en la primera mitad del siglo VII de la Ley antigua, y que inventa á la vez los mapas geográficos, opina que la tierra es *redonda,* y que la luna recibe su luz del sol.

Estos decires, estas sospechas y opiniones no se apoyan, por desgracia, sobre ningún fundamento, y son, al fin, simples dichos y conjeturas.

Sólo Cristóbal Colón, desde las cumbres de la fe y de la ciencia, es el *único genio* que divisa *un más allá,* al otro lado de las columnas de Hércules, así como con las luces de la religión católica y de la filosofía cristiana, se divisa también *un más allá* tras el dintel de la tumba; sólo este *nuncio del Altísimo,* con sus ojos divinizados, logra ver en lontananza *una nueva tierra de promisión,* donde manan leche y miel, como manaba la de los ingratos israelitas; sólo *este sabio entre los sabios,* que con su cerebro colosal redondea la tierra, retrata en su

fantasía la segunda mitad de planeta terrestre, y contempla dicha mitad situada en los confines del Mar tenebroso, esto es, en los confines del Ocaso.

Para robustecer más *la excelsitud* de su pensamiento, le sirven de faro luminoso las palabras del Profeta David, que halla en el salmo LXXI: «Y dominará de mar á mar, y desde el río hasta los términos de la *redondez* de la tierra.» Después lee que el Profeta Isaías, en los capítulos XXX y XLIX, había anunciado que «los confines de la tierra verían la salud enviada por Dios, y que vendrían los pueblos de las regiones del aquilón y de las tierras australes, esto es, del otro lado de los mares» (del Oeste).

Colón da entera fe á estas profecías, y se persuade una vez más de que la tierra es redonda, y de que, siendo conocida la primera mitad de ella en el Oriente, la otra mitad debe encontrarse sin remedio al Occidente.

En su inteligencia y en su corazón arde un fuego divino, que no lo deja sosegar un solo instante. Impulsado por aquel fuego, que es producido por la fe y por la ciencia, adopta la resolución de buscar las nuevas tierras que le revelan la misma fe y la misma ciencia.

Prepara su proyecto, sustentado con mil razones poderosas. En 1482 solicita de Juan II, rey de Portugal, que le facilite los recursos necesarios, para conseguir con éstos una expedición y marchar en busca de un *nuevo mundo*. El rey acaricia el proyecto;

mas, por desgracia, lo somete al examen de una Junta de cuatro personas, y éstas declaran que el proyecto es sueño de un *visionario*.

Cristóbal se entristece, como es natural; pero se conserva firme en su extraordinario pensamiento y en su resolución adoptada.

En 1483 le sobreviene la desgracia de perder á su esposa, el dulce consuelo de su hogar; el cadáver es sepultado en la iglesia del monasterio del Carmen (Lisboa); y el niño Diego, que cuenta siete años de edad, queda privado para siempre de la sin par ternura maternal.

Á fines de 1484 sale á escondidas de Lisboa, á pie, con escasísimos recursos, y se encamina á España, llevando sobre sus hombros á su pequeñuelo.

Conducido por una mano providencial, se dirige al pueblo de *Palos*, perteneciente al reino de Andalucía. Llega á cierta parte del pueblo; y desde allí divisa, por entre un bosque de pinos, la blanca torre de un convento de franciscanos, llamado *Santa María de la Rábida*, sito en una colina. Sube la pendiente, y se sienta en las gradas de una cruz de piedra, que está á muy corta distancia del monasterio.

Al considerar el hambre y la sed de su niño, semejantes á las que devoraban á Ismael en el desierto de Bersabé, se resuelve tocar en la portería: allí es recibido con amor y con benevolencia, y pronto consigue pan y agua para su pequeñuelo. Después de concluídas estas obras de misericordia, pasa por el

claustro un religioso joven, alto de cuerpo, de frente despejada y de ojos vivaces, al cual llaman su atención la faz del extranjero y la figurita simpática del niño. El sacerdote se acerca á ellos, y pregunta al transeúnte la causa que lo ha llevado al convento junto con su inocente criatura.

El franciscano se llama Fray Antonio, oriundo de Marchena, pueblo situado al sudeste de Sevilla, á unos 50 kilómetros de distancia. El extranjero avisa al religioso su nombre, su apellido y su país natal; le hace una relación detallada de sus estudios, de sus viajes y de su proyecto; le explica, de un modo satisfactorio y convincente, que la tierra es redonda y que en los confines del Ocaso existen la segunda mitad del globo terráqueo y el tabernáculo de oro del Señor.

Fray Antonio de Marchena, que es entendidísimo en ciencias matemáticas, físicas y astronómicas, reconoce el genio portentoso de Cristóbal Colón, aplaude el proyecto del visionario, y lo entusiasma para que, sin demora alguna, ofrezca aquel proyecto, parto de su inteligencia y de su sabiduría privilegiadas, á Fernando y á Isabel, llamados los *Reyes Católicos,* cuyo título les dió el Papa Alejandro VI, como premio á su fervorosa fe en la doctrina de Jesucristo, incomparable hermosura del cielo, y fuente de dicha temporal y eterna.

Deja el fruto de su amor encomendado á los piadosos hijos de Francisco de Asís, con quienes per-

manece algunos días, y quienes lo alientan y lo entusiasman; luego recibe una carta de recomendación, que le da Fray Juan Pérez, guardián del convento, para Fray Hernando de Talavera, religioso de la Orden de San Jerónimo, á fin de que interceda con Isabel, su hija espiritual; emprende viaje á Sevilla, y llega á esta ciudad el 20 de enero de 1485.

En este año le sobreviene una nueva desventura, pues en Italia expira su señora madre. Como buen hijo que es, vierte lastimero llanto por su madre idolatrada, quien le enseñó, desde niño, á amar y á servir á Dios, y por último bendice los secretos de la Providencia.

Después de residir muchos meses en Sevilla, amparado por el Duque de Medinaceli, D. Luis de la Cerda, marcha, á principios de 1486, á la ciudad de Córdoba, domicilio transitorio de la Corte, la cual se traslada á otra, y Colón queda allí sumido en una tristeza profunda, por no poder realizar breve la bellísima imagen de su sueño.

Sin embargo, en aquella ciudad encuentra una entusiasta protectora, que es una señorita Beatriz Enríquez, perteneciente á una familia muy noble. Como mujer de inteligencia vivaz, de corazón sensible y apasionado, y de célica hermosura al mismo tiempo, anima la fe de la *paloma mensajera*, con todo el fuego de su alma; ella es el bálsamo divino, que mitiga las mortales angustias que padece el genovés; la joven Beatriz Enríquez, en fin, es el ángel tutelar,

que sostiene y alimenta las cuasi muertas esperanzas de Cristóbal Colón.

Impulsado por la dama cordobesa y por el mundo que gravita en su cerebro, se dirige á Salamanca, *la Atenas Española,* donde se encuentra Isabel.

La Comunidad dominicana está entrando en el refectorio, y en aquel momento se presenta el genovés, con su cabellera larga, su barba rubia, su capa raída y su estatura notable: todo esto llama la atención de los religiosos.

Á la primera mirada, Fray Diego de Deza comprende que aquel extranjero no es un hombre vulgar, y hace que se hospede en el monasterio.

Para tratar con calma del sorprendente proyecto del marino, Fray Diego de Deza lo lleva á la quinta de Valcuebo (situada en las afueras de la población), en compañía de varios religiosos. Después lo hacen regresar al monasterio, donde permanece algunos días, junto con los beneméritos dominicanos, los cuales proveen todo lo necesario para la subsistencia del *nuncio del Señor.*

Los hijos de Guzmán tienen, pues, en la ciudad su convento, San Esteban, cuyo Prior es el ilustre Fray Diego Magdaleno. De fines de 1486 á principios de 1487, se verifica en el convento una serie de conferencias privadas, es decir, no oficiales, entre los fervorosos é ilustres dominicos y muchos profesores preclaros de aquella celebérrima Universidad de Salamanca, establecida por Alfonso IX. El doctísimo

Fray Diego de Deza preside las conferencias, y unos y otros reconocen que Cristóbal Colón es un *genio extraordinario;* por consiguiente, pronuncian veredicto en pro del colosal problema, que todavía causa grande asombro.

El resultado favorable de las predichas conferencias se difunde en la ciudad; y por este motivo, Colón encuentra varios protectores de mucha valía, á saber: el gran cardenal franciscano, Fray Pedro González de Mendoza; Beatriz Bobadilla y su esposo Rafael Cabrera; Alonso de Quintanilla, Gabriel Sánchez y Luis de Santángel; pero el más decidido protector es el eminente dominicano Fray Diego de Deza, que representa la ciencia.

Merced á sus sólidas virtudes y á su profunda sabiduría, este religioso llega á ser, sucesivamente, obispo de Zamora, de Salamanca, de Palencia, de Jaén, y luego arzobispo de Sevilla y de Toledo.

Fray Pedro González de Mendoza nace en Madrid, el año 1471; lo hace cardenal el Papa Sixto IV; es obispo de Granada; en seguida de Sigüenza; y finalmente, arzobispo de Sevilla.

Alonso de Quintanilla es Contador Mayor de los Reyes Católicos; Gabriel Sánchez, Tesorero de Fernando, en su Corona de Aragón; Luis de Santángel, Notario de la Contaduría de Rentas, en la misma Corona de Aragón.

Tanto por las noticias loables de las conferencias cuanto por las instancias fervorosas de los seis pro-

tectores, la Augusta Reina se entusiasma, rinde veneración al *grande hombre,* poseedor de la fe y de la sabiduría, y se decide á favorecer su proyecto colosal; en consecuencia, de la ciudad de Salamanca, *esfera de luz,* del seno de los religiosos dominicos, sale la resolución de descubrir el nuevo mundo.

Por desgracia, á causa de la guerra que la nación española sostiene contra los moros, desde hace 800 años, Isabel no puede proteger la magna empresa del *sabio peregrino,* quien aguarda, con valor y con paciencia admirables, hasta mediados de 1491, en que resuelve dirigirse al rey de Francia, á fin de encarecerle que patrocine su proyecto.

Llega al monasterio de la Rábida, con el propósito de recoger á su hijo Diego é ir á dejarlo en Córdoba, en casa de Beatriz Enríquez, quien, como mujer caritativa, se dolería de él, en todo sentido; pero Fray Juan Pérez, anciano venerable y guardián del convento, despliega sumo interés en favor del *ilustre nauta* de Liguria, conferencia con el médico de la Comunidad, García Hernández, gran geógrafo, físico y matemático, el cual emite informe favorabilísimo acerca del grandioso proyecto, y el cenobita detiene á Colón en una celda que le proporciona, mientras envía con un mensajero una carta interesante á la reina, su antigua hija espiritual, que se encuentra en el campamento de Santa Fe.

La Soberana responde á Fray Juan Pérez que se llegue á ella. Él emprende viaje al momento y á la

media noche. Habla fervorosamente con su hija acerca del asunto, y ésta le ofrece, decidida, amparar la empresa del sabio genovés. Fray Juan Pérez manda una esquela á García Hernández, para que éste y Cristóbal sepan la determinada voluntad de Isabel, quien ordena á Diego Rodríguez Prieto, alcalde de la Villa de Palos, que entregue 20.000 maravedís á Colón, á fin de que con éstos consiga ropa y se presente con decencia en el Real de Santa Fe.

Después de pocos días de estar el marino en el campamento, se rinden los moros en Granada, y entregan la ciudad el viernes 30 de diciembre de 1491. El 6 de enero de 1492 los reyes entran victoriosos en ella, y colocan el estandarte de la cruz en las torres de la *Alhambra*, maravillosísimo palacio de los musulmanes.

Á fines del mismo enero, Isabel la Católica da audiencia al *representante de Dios*, y hablan detenidamente acerca del asunto. Él expone á Su Alteza Serenísima que su fin principal es convertir á la religión de Cristo todos los moradores del mundo que descubriere; buscar riquezas en éste, para emplearlas en sufragios de las almas de los difuntos, en rescatar los Santos Lugares y el Sepulcro del Salvador, que se hallan en poder de los mahometanos.

Para pactar el arreglo respectivo, él sienta, como bases, las condiciones que siguen: primera, que será almirante del Océano, virrey y gobernador de las islas y tierra firme que hallare; segunda, que estos

cargos se transmitirán á sus descendientes, por orden de primogenitura; tercera, que él recibirá la décima parte de cuantas riquezas encontrare. La reina accede con agrado á estas condiciones.

Empero, Dios obliga á su *vidente* á pasar por la última prueba de sacrificio. La Soberana, por dictámenes de personas llenas de envidia (porque este monstruo viene haciendo estragos desde el paraíso), dice á Colón, después de algunos días, que son muy onerosas las condiciones propuestas. El genovés, al oir esto, sin vacilar un instante, se despide de sus amigos y se encamina á Córdoba, para de aquí pasar á Francia, en busca de protectores.

Fray Juan Pérez, Beatriz Bobadilla, Alonso de Quintanilla y Luis de Santángel, que se hallan presentes en Granada, ruegan á Isabel, hincados de rodillas, y con voces clamorosas, que patrocine el gran proyecto, el que dará inmensas y saludables ventajas á la doctrina de Cristo y á la Corte de España; que será un motivo de duelo y de vergüenza, para la nación española, el no favorecer esta empresa racionalísima.

La Augusta Isabel, con tono de resolución irrevocable, declara que acoge el proyecto por su cuenta, y añade *que se empeñen aun sus joyas,* para arbitrar recursos y atender con éstos á los gastos de la expedición, en virtud de estar exhausto el Tesoro, por causa de los fortísimos desembolsos verificados en la guerra contra los sarracenos.

En seguida despacha un posta, con el fin de alcanzar á Cristóbal y hacerlo regresar. Le da alcance, en efecto, á dos leguas de distancia, en el Puente de Pinos, y lo conduce á la presencia de su Soberana. Después de este triunfo definitivo, Fray Juan Pérez torna á su convento.

El 17 de abril de 1492, Colón y la Corte firman las capitulaciones respectivas, en la ciudad de Granada. El 30 del mismo mes, los monarcas le expiden los títulos de *almirante del Océano, virrey y gobernador* de las tierras que descubriere, y los demás privilegios que exigió en la entrevista con la reina. Por mandato de ésta, Luis de Santángel da al genovés una ingente cantidad de maravedís, para los aprestos de la expedición.

Á principios de mayo de 1492, Isabel ordena á los habitantes del pueblo de Palos que proporcionen gratis dos carabelas armadas y tripuladas, en pago de 10.000 maravedís que adeudan á la Corona, la cual les ofrece 10.000 más.

Colón sale de Granada el 10 de mayo; va á Córdoba, y de aquí al monasterio de la Rábida, donde es recibido por todos los cenobitas con los brazos abiertos.

Por temor de engolfarse en el *Mar tenebroso,* los moradores de Palos desobedecen el mandato de la reina. Al saber esto, el 20 de junio envía al agente Juan de Peñasola, hombre de mucho temple y muy activo, con orden de que multe á todo el pueblo en

200 maravedís por cada día de retardo en proporcionar las dos naves. Una vez constituído en Palos, aprehende la carabela *Pinta*, propiedad de Juan Gómez Rascón y de Cristóbal Quintero.

Fray Juan Pérez, en asociación del ilustre marino, es *el agente voluntario principal*. Este religioso, por medio de sus cultas maneras, de su grande influencia, de su palabra persuasiva y de su vivo interés, consigue toda clase de marineros para formar la expedición; consigue, además, á tres hermanos, Martín Alonso, Vicente Yáñez y Francisco Martín Pinzón, expertos navegantes; después consigue la carabela *Niña*, cuyo dueño es Juan Niño; por último consigue la nave *Gallega*, del piloto vizcaíno Juan de la Cosa.

Mientras los individuos que se prestan á surcar la Mar tenebrosa, preparan debidamente las tres carabelas y todo género de provisiones, el almirante pasa los días en oración, en el monasterio de los franciscanos, hasta fines de julio, y se esfuerza en hacerse digno de Dios, una vez que lo ha designado para ejecutar una obra tan estupenda, *una obra nunca vista entre los hombres*.

El 2 de agosto, que es día jueves, Cristóbal y todos los tripulantes reciben la Comunión de manos de Fray Juan Pérez, quien los exhorta á tener fe y confianza en la Providencia divina.

En el mismo jueves Colón elige la Gallega para capitana; le quita este nombre, y le da el de *Santa María*.

En la *Pinta* coloca 54 individuos, al mando de Martín Alonso y de Francisco Martín Pinzón; en la *Niña* coloca 29, á las órdenes de Vicente Yáñez Pinzón; y en la *Santa María* coloca 33, bajo su inmediata autoridad.

En la *Santa María*, nombre que significa *Estrella del Mar*, enarbola el estandarte de la cruz, en el cual está pintada la efigie de Jesucristo; en la *Pinta* y en la *Niña* hace izar los pabellones de la empresa, señalado cada uno con una cruz verde, que está entre las iniciales de los nombres de los Príncipes españoles.

Á las 5 de la mañana del otro día, viernes 3 de agosto de 1492, se agrupan en las riberas del mar todos los moradores del pueblo de Palos: madres, esposas, hermanas, hijos, niños, deudos y amigos lloran sin cesar. Tienen evidencia de que es segura la muerte de los viajeros, y por este justo motivo la sensación y el llanto son generales y clamorosos.

Colón se despide, con profunda tristeza, de la Comunidad franciscana, principalmente de Fray Juan Pérez y de Fray Antonio de Marchena, quienes lo abrazan inundados en un raudal de lágrimas; por último se despide de su hijo Diego, quien llora con gran ternura por su padre, y quien sigue bajo el cuidado de los caritativos religiosos.

En el instante preciso en que Febo abre las puertas del Oriente, el Virrey da la orden de partida. Los gritos de *¡adiós! ¡adiós!* que exhalan los que

se van y los que se quedan, son desgarradores, porque unos y otros tienen plena certidumbre de que no volverán á verse sino en la eternidad.

Una columna de nube blanca durante el día, y de fuego durante la noche, enseña á los hebreos el camino que deben seguir, desde Egipto, donde gimen bajo la esclavitud de los faraones, hasta dejarlos en las riberas del río Jordán, después de cuarenta años de peregrinación en el desierto.

Una estrella refulgentísima, formada por un ángel, de la materia del aire, conduce á los tres Reyes Magos, Melchor, Gaspar y Baltasar, desde la Persia, Arabia y Sabá, puntos orientales de la Palestina, hasta la cuna de Belén, con el fin de que adoren al Niño-Dios, nacido á la media noche de un día domingo, 25 de diciembre del año 5199 de la creación del mundo, según refiere todo esto la *Mística Ciudad de Dios*.

A semejanza de la nube milagrosa del pueblo israelítico y de la luminosísima estrella de los Magos, la fe y la ciencia enseñan también á Colón la ruta que debe seguir por el *Mar tenebroso*, *Mar temible*, *Mar desconocido*.

El 9 de agosto llega á las islas Canarias; en una de éstas se demora más de 21 días, mientras hace reparar un daño que sufre la carabela *Pinta*. El 6 de septiembre, jueves, continúa la marcha en dirección al Occidente, y en varios días aparecen muchas señales que manifiestan la proximidad de la

tierra, como golondrinas, pedazos de junco, un meteoro eléctrico, un grande aerolito, á cuatro leguas de distancia, gaviotas y diversos animales marítimos; pero todas aquellas señales resultan fallidas, por desgracia.

En distintas ocasiones, y sobre todo el 4 de octubre, los tripulantes creen que irremisiblemente van á morir en el mar, porque se persuaden de que éste *es ilimitado.*

Se agrupan y piden al genovés que regrese á España. Él emplea unas veces todos los artificios de la insinuación, para calmar los ánimos exaltados; otras veces despierta la codicia de ellos, describiéndoles las riquezas que están á punto de descubrir; otras veces asume el tono de autoridad, y les anuncia que serán castigados severamente por los Monarcas si con propósitos ruines echan á perder los nobles esfuerzos de la magnánima Isabel, relativos á promover la gloria de Dios y á enaltecer el nombre español por encima de los demás países europeos. En todas estas ocasiones da la orden de proseguir la marcha, y les dice *¡adelante, adelante!*

El 10 de octubre, al fin, se llenan de furia mortal contra Colón, porque transcurren los días y las noches, y no hay esperanza de encontrar tierra. Se persuaden, una vez más, de que van á morir infaliblemente, tan sólo por obedecer á un *aventurero;* en consecuencia, resuelven echarlo al mar, regresar en seguida á España, y decir allá que, por contemplar los astros, cayó en el agua y se ahogó.

Al verse Colón en este peligro de muerte inevitable, les dice que emprenderá el regreso á España si al cabo de *tres días* no logra descubrir la tierra. No les parece irracional esta propuesta, inspirada por Dios, y continúan el viaje.

El 11 de octubre, día jueves, asoman bandadas de aves marítimas y de tierra, lo cual les induce á creer que deben volar de playas muy próximas.

La *Pinta* observa un junco flotante recién cortado, y un trozo de madera labrada artificialmente; la *Niña* descubre y coge una rama de escaramujo, que contiene frutas frescas y coloradas; por los costados de la *Santa María* pasa rozándose una caña verde. Las nubes del Ocaso toman un aspecto distinto; el aire es más templado; por la tarde, el viento sopla desigual; todo indica que la tierra está ya próxima.

El almirante, una vez entrada la noche, y según la costumbre establecida por él, desde la primera de navegación, les ordena que entonen la *Salve*, oración ternísima, adoptada por la Iglesia para alabar todos los días á la Madre del *Excelso*.

Después les recuerda los beneficios con que los ha colmado el Señor, por el término de setenta días, dándoles un tiempo bonancible casi no interrumpido, y les asegura que la tierra está ya inmediata. Dispone que todos pasen rezando, porque antes de amanecer divisarán alguna isla; por último, ofrece un jubón de terciopelo de seda al que primero viere la tierra, á

más de los 10.000 maravedís que tenía ofrecidos la princesa Isabel.

A las 10 de la noche de este mismo día, Colón, desde lo más alto de su castillo, distingue una luz que se mueve en lontananza; la enseña á Pedro Gutiérrez, y éste ve la luz que sube y baja; luego llama á Rodrigo Sánchez de Segovia, quien no logra verla, porque desaparece.

Á las 2 del amanecer del siguiente día, viernes 12 de octubre de 1492, el marinero *Rodrigo Sánchez de Triana,* que va delante en la carabela *Pinta*, da el grito venturoso de *¡tierra! ¡tierra!* En seguida dispara un cañonazo, con el fin de avisar á las otras dos carabelas que están atrasadas.

El almirante, al oir la detonación, hinca las rodillas, alza las manos al cielo y da fervientes gracias á la Providencia. Lloroso de contento entona el *Te Deum laudamus,* y los individuos de ambas carabelas responden regocijados.

II.

Pues bien, á las 6 de la mañana del citado día, viernes 12 de octubre de 1492, Colón, vestido con manto de escarlata, y acompañado del mayor número de los marineros, salta en tierra y planta en ésta el estandarte de la cruz. Mudo de felicidad, no puede contener su tierna gratitud para con el Soberano Autor del Universo. Se arrodilla, besa la tierra por tres veces, y la riega con el torrente de sus lágrimas;

después dirige las manos al cielo, y recita esta plegaria: «¡Dios eterno y todopoderoso! ¡Bendito y alabado sea tu nombre, y exaltada tu Majestad en todas partes, porque te has dignado permitir que por mí, tu humilde siervo, se conozca y se invoque tu sacratísimo nombre en esta parte del mundo!» En seguida se pone de pie.

Los demás imitan su acción ejemplar: unos se turban, por causa del mismo asombro que comprime sus pechos; otros besan religiosamente la tierra; otros lloran de sumo gozo y de ternura; otros rezan las oraciones aprendidas en la infancia; y todos, en fin, agradecen al Criador el inmenso beneficio que acaba de concederles.

Concluída esta fervorosa acción de gracias, se vuelven á su jefe, le besan las manos, se humillan á sus plantas, y le piden perdón por todos los atentados y por todo lo que le han hecho sufrir. Él, sumergido en lágrimas, los abraza, les perdona sus culpas y les dice que todo lo refieran á Dios.

Llama á los capitanes y al escribano Rodrigo Escobedo, para que den testimonio de que, en nombre de los Reyes Fernando é Isabel, toma posesión de la isla descubierta. El marinero Rodrigo Sánchez de Triana es, por consiguiente, el ganancioso de los 10.000 maravedís y del jubón de terciopelo de seda.

La isla es denominada *Guanahaní* por sus moradores (hoy Wátling), y el almirante la apellida *San Salvador*, en memoria de nuestra redención (que se

verificó en día viernes). La citada isla tiene 5 leguas de longitud; es llana y muy hermosa; la vegetación es exuberante; los árboles son de vista apacible; las hojas de éstos, grandísimas; agitadas por leves vientos, dejan ver sus frutos bien raros y nunca conocidos por los europeos.

Los naturales de Guanahaní, desnudos y pintados con distintos colores, se manifiestan llenos de asombro y de regocijo. Sin mucho escrúpulo se llegan á los españoles; entran en conversación con éstos, y cambian oro por bujerías de los tripulantes, á los que consideran como seres bajados del cielo.

Merced á la inspiración patente y á los auxilios visibles de la Providencia (la que no es sino el gobierno, lleno de sabiduría, con que Dios rige el mundo y conduce á todas las criaturas hacia los fines dignos de la misma Providencia), el preclaro genovés, el intrépido marino encuentra, al cabo, la Antilla de Aristóteles, la soñada Atlántida de Platón, el Continente Saturnino de Plutarco, la segunda mitad del planeta terrestre, el hemisferio occidental, un nuevo mundo, lleno de asombrosas maravillas y poblado de uno á otro polo por los descendientes de Sem, quienes se comunican desde entonces con los de Jafet (los europeos).

«La cosa más bella es el Universo, porque es obra de Dios», dice Tales de Mileto, el primero de los siete Sabios de la Grecia, que vivieron en el siglo VI antes de Jesucristo.

La revelación del nuevo mundo, singular arcano de la Omnipotencia, oculto á los ojos de los hombres desde tiempo inmemorial, y visible tan sólo á los ángeles de Dios, es también una cosa bellísima, porque es asimismo obra del Todopoderoso.

¿Qué obra de Dios no será bella y admirable?

Nuestra laringe, junto con sus cuatro cuerdas vocales, principalmente con las dos inferiores, verbi gratia, es un instrumento de música pequeñito, pero asombroso por su perfección, por la fácil variedad de sus voces y de sus tonos, como por la dulzura de su canto; por tal motivo, ningún instrumento de cuerda ni de lengüeta, ningún fonógrafo, ningún sonido de la naturaleza, ningún trupial, ningún canario, ningún ruiseñor, pueden ni podrán igualarle jamás. Sólo el órgano vocal humano comunica á una melodía la vibración inefable, el ardor divino que nace directamente del alma; sólo la laringe humana, instrumento de música maravillosísimo, produce en el hombre la voz de cabeza, cuyo timbre es dulce y aflautado; sólo la laringe humana produce en la mujer una voz fina y aguda.

En cada puntito de la retina de nuestros ojos, membrana sumamente sutil y sumamente pequeña, que reviste el fondo de aquéllos, se pinta la imagen de cada objeto del mundo exterior; por esto sucede que logramos ver muchísimos objetos de diferentes tamaños y figuras á un mismo tiempo y con viva claridad y distinción. Las imágenes no desaparecen

en el momento en que desaparecen los cuerpos que las producen; duran casi medio segundo después de desaparecer los objetos; en seguida desaparecen ellas, para que en la retina se pinten las imágenes de otros objetos, y así de una manera sucesiva.

¿Qué verdadero sabio no reconocerá á Dios por causa eficiente, no sólo de las admirables estructuras de nuestra laringe y de nuestros ojos, sino también del sinnúmero de maravillas formadas por Él? Con razón dice Tales de Mileto que «la cosa más bella es el Universo, porque es obra de Dios».

Volviendo al asunto de que tratamos, acontece que Colón descubre una multitud de islas, y explora principalmente las de Cuba y de Haití. Le deleitan ambas por su vegetación exuberante, por sus gayas flores, por sus sabrosos frutos, por la hermosura de sus aves, como por la bondad de los indígenas.

Deja cuarenta y dos españoles en Haití, recomendados al bonísimo *Cacique Guacanagarí*. El viernes 4 de enero de 1493 se dirige á la Península Ibérica, llevando muestras de todos tres reinos naturales, á saber: oro, en piezas, en granos y en polvo; conchas de carey, piedras preciosas, etc.; cocos, platanos, maíz, caña dulce, algodón, ramas y raíces de plantas aromáticas y medicinales, y diferentes especies de maderas para tallar, etc.; cuarenta papagayos, loros y otras aves de vistosas plumas, así como algunos animales embalsamados, etc.; catorce indios, entre hombres y mujeres, desnudos, teñidos los cuerpos con

diversos colores y las cabezas adornadas con ricos plumajes.

Después de sufrir tormentosas borrascas y otros muchos trabajos, llega á la Villa de Palos el viernes 15 de marzo. La alegría es indecible: hombres, mujeres y niños corren á la playa, rodean á los marineros, los abrazan, los contemplan con asombro, les hacen distintas preguntas, y todos lloran lágrimas de felicidad; luego visten los balcones y las ventanas con lujosas colgaduras y variados ramilletes.

El genovés salta en tierra, se arrodilla, la besa, alza las manos y los ojos al cielo, y en voz baja dirige á Dios una plegaria de gratitud y de reconocimiento.

Fray Juan Pérez y Fray Antonio de Marchena y los demás cenobitas lo abrazan conmovidos y llorosos. La agitada muchedumbre se agrupa alrededor del *heraldo de la cruz*, y cada uno quiere ser el primero en abrazarlo y en besar sus manos. La alegría de su hijo Diego es también indecible.

El repicar las campanas de todos los templos, la música y los vítores son incesantes. Colón, los franciscanos y los demás concurrentes se encaminan al monasterio de la Rábida, en cuya iglesia cantan el *Te Deum laudamus* con voces arrobadoras.

Después de descansar ocho días en el convento, se dirige á Barcelona, donde se hallan y lo esperan los Reyes. Atraviesa las provincias de Sevilla, de Málaga, de Murcia y de Valencia. La gente acude de

todas partes, ansiosa de conocer, de admirar y de vitorear al *descubridor del nuevo mundo*. La ovación y la marcha son tan espléndidas, que apenas pueden compararse con los triunfos de los emperadores romanos, en el tiempo de sus ínclitas victorias; pues basta saber que el 31 de marzo, domingo de Ramos, la ciudad de Sevilla, con el Ilmo. Sr. Arzobispo, Diego Hurtado de Mendoza, y todo su clero á la cabeza, lo reciben de una manera suntuosísima.

Son imponderables los preparativos y el interés de los Soberanos para recibir dignamente al *nuncio del Señor* y solemnizar con la mayor pompa tan raro y tan fausto acontecimiento; en consecuencia, alistan un salón muy grande y muy hermoso en la ciudad de Barcelona.

Los balcones y las ventanas son exornados con lujo. Los primeros se llenan de damas bellísimas, las que se sienten medio enajenadas, por el asombro que les produce la noticia del hallazgo de un nuevo mundo; en fin, un inmenso gentío inunda las calles y los techos de las casas.

El 15 de abril de 1493, Fernando é Isabel, vestidos con sus mantos y coronas de príncipes, se instalan en el salón, acompañados de muchos obispos, de todos los dignatarios del Reino, al par que de los personajes conspicuos de Barcelona, inclusive las damas de hermosura encantadora, de ojos chispeantes, de célicas miradas, de labios purpurinos y de andar airoso.

Por orden de Sus Altezas sale una diputación lucidísima, formada de los caballeros más nobles, con el fin de encontrar, en las afueras de la ciudad, al revelador del nuevo Continente.

Una vez verificado el encuentro, principian á travesar las calles, bajo un cielo límpido y bajo un sol esplendoroso. En medio de la numerosísima muchedumbre, que se compone de toda clase de gente, el Apóstol de la Providencia, ungido con el óleo del triunfo y de la gloria, parece un senador del pueblo romano.

Las estrepitosas aclamaciones de júbilo y de aplausos no cesan un instante. Á los gritos de ellas suceden los vivas más entusiastas á los Soberanos, á Colón y á España, y la alegría es universal é indescriptible.

El *mensajero de la buena nueva*, al aparecerse en la sala magnificentísima, se turba por un momento ante aquel espectáculo deslumbrador, y gruesas lágrimas humedecen sus mejillas.

Los Monarcas se ponen de pie, se dirigen al *genio victorioso*, le extienden las manos para saludarle, y él se apresura á besarlas.

Isabel le dice: «Don Cristóbal Colón, cubríos; sentaos, almirante del océano y virrey del nuevo mundo.»

Enternecida y anegada en llanto, toma asiento la reina, después de sentarse el *nuncio del Omnipotente* en un sillón lujoso que se le tiene preparado. El

resto de la sala deslumbradora es ocupado en seguida por cuantos espectadores alcanzan en él.

Relaciona con entusiasmo todo lo ocurrido en el viaje de descubrimiento; en segundo lugar, da á conocer las muestras valiosísimas de los tres reinos de la naturaleza, inclusive siete de los indios, objeto de la mayor curiosidad. Uno de ellos había muerto al desembarcar en la Villa de Palos; tres quedan enfermos allí, y los demás en el tránsito.

Concluída la relación, los Reyes y el innumerable gentío se postran en tierra; con los ojos empapados en lágrimas, dirigen las manos al cielo y dan humildes gracias al Señor; después un gran número de sacerdotes de la Capilla Real, junto con los músicos y cantores de ella, entonan solemnemente el *Te Deum laudamus,* entre los acordes de una orquesta tan brillante y tan sentimental, que á todos les parece palpar las delicias del Edén divino; pues el canto religioso, voz modulada, como todo canto, es singularmente agradable al Señor, puesto que es el dulcísimo y ternísimo idioma de los ángeles, y el que afecta de modo más íntimo nuestros sentimientos.

Así que se concluye el cántico jubiloso, el *Intérprete de la Creación* es conducido por el cardenal Pedro González de Mendoza á la casa de éste, para alojarlo en ella. Los numerosísimos espectadores lo acompañan hasta la puerta, atronando el aire con repetidos vítores y palmoteos.

El descubrimiento del nuevo mundo es obra patrocinada exclusivamente por los personajes que siguen: Fray Antonio y Fray Juan Pérez de Marchena y los demás fervorosos cenobitas de la Rábida; la interesadísima dama cordobesa, Beatriz Enríquez; los ilustres y entusiastas dominicos de Salamanca, sobre todo el esclarecido Fray Diego de Deza; el gran cardenal franciscano, Fray Pedro González de Mendoza; Beatriz Bobadilla y su esposo Rafael Cabrera; Alonso de Quintanilla, Gabriel Sánchez y Luis de Santángel.

Todos estos decididos protectores merecen que los bendigamos día y noche: ellos se empeñan en hacer ver á la Augusta Soberana que el proyecto del *ilustre peregrino* no es una visión quimérica, sino que está basado en cálculos científicos, y que la existencia de un nuevo mundo es una positiva realidad; ellos le ponen de presente que el descubrimiento de aquel mundo aumentará los dominios, las glorias y las riquezas de España, y servirá para difundir, entre sus moradores, la luz radiante del cristianismo católico; ellos, en fin, por medio de súplicas encarecidas, arrancan *el dulce sí* de los labios de la nobilísima Isabel.

Ciertamente, la que protege, con toda clase de elementos, la obra más estupenda de la humanidad es la sabia, justiciera, varonil y piadosa reina de Castilla. El 5 de mayo de 1497, da en Córdoba 3.000 maravedís á Colón para su subsistencia, por

mano de su tesorero Francisco González de Sevilla; el 3 de julio del propio año, le da otros 3.000, por mano del mismo tesorero; el 18 de agosto, le da 4.000; el 15 de octubre, le da otros 4.000; y el 15 de junio de 1498, le da 3.000.

Isabel, por sus preclaros talentos, por su vasta ilustración y por su exquisito tacto político, eclipsa á todas las reinas que le preceden; Isabel es la muestra más cabal de las virtudes, es la felicidad y el honor de la monarquía española; Isabel es de una prudencia tan consumada, que «puede lo que quiere, y quiere lo que puede»; el sol no alumbra á otra como á ella; y en cuanto á sus cualidades físicas, es la reina sin rival de la hermosura. Isabel, con el fin de conservar la unidad de la fe y la integridad del territorio, arremete como heroína á los musulmanes, hasta vencerlos del todo en Granada.

¡Qué dicha envidiable para la culta, sabia y creadora Italia, especialmente para la ilustre Génova, haber producido un genio tan extraordinario, un genio nunca visto entre los hombres! ¡Qué gloria para los hijos de San Francisco de Asís y para los de Santo Domingo de Guzmán, porque en Santa María de la Rábida y en el convento de San Esteban de Salamanca, respectivamente, el *Apóstol del Altísimo* encontró fervorosas simpatías, oídos que le escucharan, albergue, subsistencia, consuelo y eficaces recomendaciones! ¡Qué gloria para la hidalga España, sobre todo para la magnánima Isabel, haber acogido al *pensador*

profundo, al mensajero de Dios, y haberle proporcionado las tres carabelas, á fin de que realizara su grandioso proyecto, el que, desde entonces, está fluyendo saludables é infinitos bienes en pro de la humanidad entera! ¡Qué gloria para nosotros haber heredado de nuestra queridísima Madre España su fe católica, la sangre que circula por sus venas, su civilización, su bizarría, sus virtudes y sus límpidos blasones! ¡Qué gloria para nosotros pertenecer á la sublime raza latina, raza noble y valerosa!

¡Qué gloria para nosotros poseer su enérgica lengua castellana, tan dulce, tan elegante y tan flexible, como el delicioso y variado cantar del ruiseñor, al par que rica, robusta y majestuosa! Lengua la más á propósito para hablar con Dios, á la vez que la más musical y la más poética, para cantar las maravillas de la Creación y los milagros del Omnipotente; «lengua que aventaja á todos los idiomas romances y modernos, y que no tememos afirmar que es superior al latín y no muy inferior al griego». ¡Jamás nos serviremos del bellísimo idioma castellano, ni de ningún otro, para insultar á nuestra predilecta Madre España! Nuestros humildes labios no brotarán sino palabras de amor y de alabanza para ella [1].

[1] Acerca de la sublimidad del idioma español, dijimos casi la última palabra, en nuestro folleto «La excelencia de la Lengua Castellana», publicado en Quito, el 16 de noviembre de 1901, en número de 800 ejemplares.

III.

Los españoles de aquel tiempo llaman á nuestro Continente *Indias Occidentales, Islas y Tierra Firme del Mar Océano*, para hacer distinción de las Indias Orientales, regiones del sur del Asia, que son dos extensas penínsulas, separadas por el río Ganges.

Américo Vespucio, que nace en Florencia (Italia) el año 1451, viene acá en 1499, junto con Alonso de Ojeda; recorre las costas septentrionales de las hoy repúblicas de Venezuela y de Colombia, y dibuja dichas costas al mismo tiempo.

En 1507, en la ciudad de San Dié (Francia, departamento de los Vosgos), un geógrafo alemán, Martín Waldseemüller, publica un libro denominado *Introducción á la Cosmografía*. En éste inserta los dibujos de Américo Vespucio, inclusive la respectiva relación del viaje con Ojeda, y da el nombre de *América* al sur de nuevo mundo, ahora América meridional. Los mapas geográficos franceses hacen extensivo el nombre de América á todo el nuevo mundo, especialmente desde principios del siglo XVIII.

Volvemos á decir que la España y sus colonias llaman *Indias*, y no América, á nuestro hemisferio, hasta 1507; de aquí en adelante, las ediciones del libro mencionado, hechas en los idiomas latino, portugués, francés, italiano, propagan rápidamente el

nombre de *América*, sin que lo pretenda Américo Vespucio.

El esclarecido y virtuoso obispo dominicano de Chiapas (población de Méjico), Fray Bartolomé de las Casas, protestó, de una manera enérgica, contra la iniquidad de llamar *América* al nuevo mundo, en vez de llamarlo *Colombia*, en honra de Cristóbal Colón, como era muy justo y natural; pues su genio profético anduvo anunciando en los reinos de Portugal y de España la existencia de la *bellísima princesa de los Andes*, tendida sobre sábanas de rosas y azucenas, con querubines de alas de oro por solícitos custodios, y arrullada por las dulces músicas del cielo.

El general Francisco Miranda, nacido en Caracas, el 9 de junio de 1756, fué el primero que, en justa honra de Cristóbal Colón, llamó *Colombia* á las regiones libertadas en tierra firme.

El gran Bolívar, en carta escrita en Kingston (Jamaica) el 16 de septiembre de 1815, y dirigida á un amigo suyo, estampó estas sublimes palabras: «La Nueva Granada se unirá con Venezuela para formar una República Central. Esa nación se llamará *Colombia*, como un tributo de justicia y gratitud al descubridor de nuestro hemisferio.»

El Congreso de Venezuela, convocado por Bolívar en octubre de 1818, se instaló en Angostura el 15 de febrero de 1819. El 14 de diciembre de este último año pidió á la Legislatura, con sumo

interés, la unión de Venezuela y de Nueva Granada, con el nombre de república de Colombia. El proyecto de ley, concerniente á crear esta república, fué sometido por Bolívar al Cuerpo Legislativo, y el 17 de diciembre del referido año 1819 fué aprobada, por unanimidad de votos y con vivo entusiasmo, la creación de la gloriosa república de Colombia.

Los Representantes de los pueblos de Nueva Granada y los de los pueblos de Venezuela, reunidos en Congreso General, en la Villa del Rosario de Cúcuta, ratificaron el 12 de julio de 1821 la creación de la república de Colombia.

En 1822 la actual república del Ecuador fué incorporada á la de Colombia.

Entre los años 1829 y 1830 se disolvió la gran Colombia. Venezuela, Nueva Granada y el Ecuador se constituyeron en repúblicas independientes.

En 1863, los nueve Estados de la Confederación Granadina asumieron el nombre de *Estados Unidos de Colombia*.

La Constitución expedida el 5 de agosto de 1886 por diez y ocho delegados, reunidos en Bogotá, suprimió el nombre de Estados Unidos de Colombia, esto es, suprimió el sistema federal, y adoptó la forma unitaria, con el nombre de *República de Colombia*, «cuyo numen poético y cuya intuición de las bellas artes son allí espontaneidades de la naturaleza, así

como son espontaneidades en Italia el organismo musical y el genio de la melodía».

Esta nación, florilegio de Sudamérica, al par que admirable por sus hombres aguerridos é impertérritos, como los trescientos compañeros de Leonidas en el paso de las Termópilas, es la sola del nuevo mundo que lleva el nombre del insigne genovés, del *Patriarca de los mares,* del *ejecutor de los decretos de la Omnipotencia.*

Como se ve, en el siglo XIX, en el siglo del vapor y de la electricidad, hubo numerosos corazones agradecidos que trataron de desagraviar, de algún modo, la tremenda injusticia irrogada al *sabio Moisés de la nueva Ley.*

Mas, ya que es imposible reparar por completo esta enorme iniquidad, nosotros nos contentaremos siquiera con decir que el gran Cristóbal Colón, que el *navegante cristiano,* que el *vencedor de las Columnas de Hércules y del bravío Atlántico,* que el *descubridor del mundo de los antípodas,* que el *portador de Cristo,* tiene por pedestal grandioso las cumbres gigantescas de los Andes; por aureola refulgentísima, el Rey de los astros; por entusiasta y sublime trovador, en arpa de cristal y sonorosas cuerdas de oro, la Providencia divina; y por sus eternos admiradores, los ángeles de Dios.

Ahora bien, la manera positiva de premiar las excelsas virtudes del Héroe sumiso á la Iglesia católica; la manera positiva de admirar y bendecir *el*

sin igual milagro que hizo el *mensajero de Dios,* descubriendo un mundo espléndido, grande, rico y poblado de hombres, con el cual redondeó y completó el planeta terrestre, es levantar su figura sublime á la sagrada y majestuosa dignidad de los altares.

Por consiguiente, en nombre de la justicia, en nombre de la gratitud, y rendidos de hinojos, encarecemos al Papa Pío X que, como acto glorioso de su Pontificado, se sirva inscribir en el Catálogo de los Santos al celebérrimo Cristóbal Colón. Igual merced le pedimos para nuestra compatriota esclarecida, la Beata Mariana de Jesús, merced que vienen reclamando los siglos con fervorosas instancias y en toda clase de tonos.

En efecto, por el hecho de canonizar *al sabio genovés, al semidiós* de la tierra, *al siervo del Señor,* es innegable que el Sumo Pontífice Pío X merecerá el aplauso universal y la gratitud de ambos hemisferios; así como por hacer lo mismo con la milagrosa Mariana de Jesús, llamada la *Azucena de Quito,* no sólo el Ecuador sino toda la América Latina le tributarán las más fervientes gracias y alabanzas.

Confiamos, pues, en que el actual Jefe de la Cristiandad, atentos los dictados de la razón y de la justicia, se dignará oir nuestras plegarias, y agregará luego á la Iglesia triunfante estos dos Santos gloriosísimos, á fin de que se comprenda una vez

más que sólo las conquistas alcanzadas por la Iglesia, al par que redundan en beneficio directo del linaje humano, se transmiten bendecidas de generación en generación, de siglo en siglo, hasta llegar á la eternidad; al revés de las glorias mundanales, las que, por vanas y estériles, son pasajeras, como la niebla matutina ó como el humo que al viento se abandona.

Quito, 26 de mayo de 1904.

BENJAMÍN ENDARA
(Ecuatoriano).

UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA
3 0112 046010168